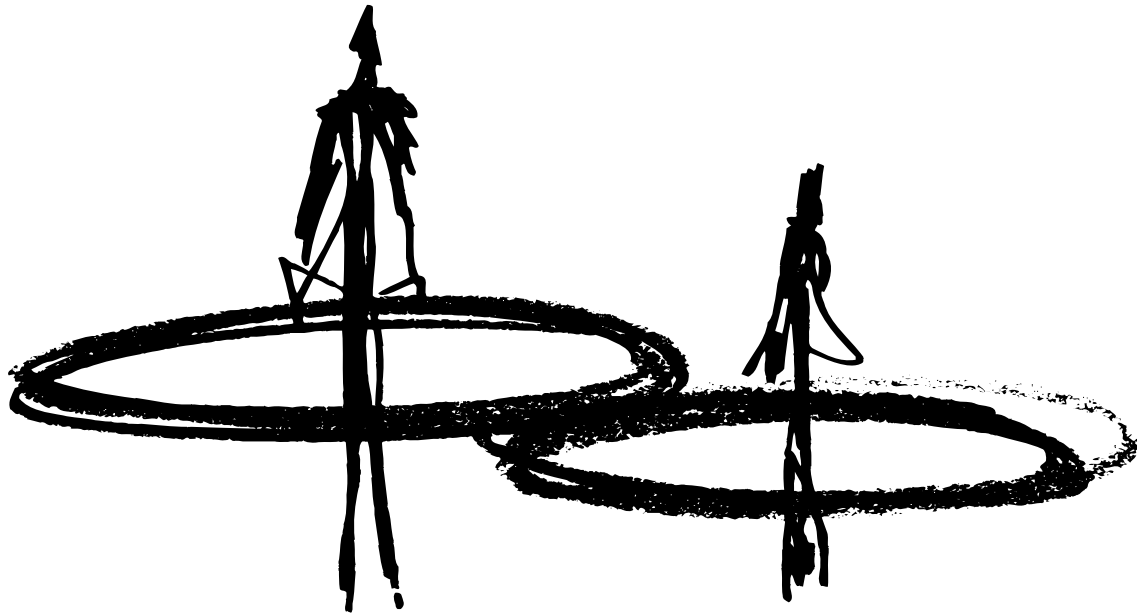


El círculo rojo y el PAN

Fernando Rodríguez Doval



Cuando el lector tenga en sus manos esta revista y esté leyendo —espéremos— este artículo, ya se habrá realizado la XX Asamblea General Ordinaria del Partido Acción Nacional, en la que se renovarían el Consejo Nacional de ese partido y se aprobaría una reforma a sus Estatutos Generales. Una Asamblea que generó ríos de tinta y montañas de papel en torno suyo, al ser calificada por el llamado círculo rojo —esa mezcla amorfa de periodistas, columnistas, opinadores profesionales y algún que otro académico despistado— como la madre de todas las batallas al interior del PAN y el escenario crucial de la supuesta pugna entre los seguidores de Felipe Calderón y de Manuel Espino.

Es muy interesante observar la manera en que el PAN es analizado desde la opinión publicada. Salvo contadísimas excepciones, cuando

se habla en los medios de comunicación de Acción Nacional se utilizan parámetros propios de otros tiempos políticos y de otros actores; los comentaristas siguen observando y juzgando la realidad actual con marcos analíticos del viejo sistema político mexicano hiperpresidencialista, con toda su variedad de gestos, rituales y reglas no escritas, la mayor parte de ellas obsoletas en la actualidad.

Por otro lado, ciertos medios y ciertos analistas deconstruyen la realidad política a partir de la hipótesis de la lucha entre contrarios, de una dialéctica de extremos mutuamente antagónicos y enfrentados. Esta lógica ciertamente simplifica el análisis, pero queda lejana a lo que debe ser una correcta interpretación de la realidad política y social de nuestro país.

Como consecuencia de lo anterior, no es extraño que la mayor parte

de los análisis que sobre el PAN se hacen —ya no se diga las predicciones— tengan un altísimo margen de error. Ejemplos de ello hay varios y muy sobresalientes. Nos limitaremos a mencionar dos.

En el año 2005, un día antes de que Manuel Espino ganara la elección para presidente del PAN, un periodista tan reconocido como Miguel Ángel Granados Chapa afirmaba con absoluta seguridad que “Carlos Medina Plascencia se convertirá mañana en el presidente del Comité Nacional del PAN. Será el decimoséptimo jefe nacional —así se le llamó originalmente— elegido a partir de 1939”.¹ Granados Chapa, al igual que la gran mayoría de los integrantes del círculo rojo, creía que el apoyo de medio gabinete-

¹ Miguel Ángel Granados Chapa, “Medina líder”, en *Reforma*, 4 de marzo de 2005, p. 13 A.



te presidencial a las aspiraciones de Carlos Medina sería suficiente para dar “línea” a los consejeros panistas.² Los resultados de aquella elección interna todos los conocemos.

En aquel mismo año de 2005, la inmensa mayoría de columnistas, periodistas y opinadores daba por un hecho que el entonces Secretario de Gobernación, Santiago Creel Miranda, sería el candidato presidencial del PAN. Como todos sabemos no fue así, sino que Felipe Calderón, a quien nadie del círculo rojo otorgaba la menor posibilidad, barrió en la contienda interna y se convirtió primero en el candidato presidencial y, después, en el Presidente de la República. Los medios, juzgando muy al estilo priísta, no podían siquiera imaginar que el Secretario de Gobernación, quien aparentemente contaba con las preferencias de Los Pinos, no fuera a obtener la nominación de su partido.

Lo que los integrantes del círculo rojo no han terminado de entender es que el PAN es un partido que se conduce de manera distinta a como lo hacen los otros partidos. El PAN

es un partido institucionalizado, con reglas claras que le dan certidumbre a la competencia interna pero al mismo tiempo hacen impredecibles los resultados de ésta, lo cual es propio justamente de cualquier sistema democrático de elección. Precisamente por esa naturaleza democrática, al interior del PAN conviven diferentes opiniones, sensibilidades y visiones acerca de cómo debe ser el partido, qué propuestas debe hacer a la sociedad o qué estrategias debe seguir, y esta pluralidad de puntos de vista enriquece a la institución.³ Sólo en los partidos no democráticos y caudillistas no se permite el debate interno ni la controversia civilizada de posturas antagónicas, como pudiera ser el caso de los partidos comunistas de Cuba o de China, o el viejo PRI.

Pero a diferencia de otros partidos, el PAN canaliza de forma relativamente eficiente sus controversias internas. Las ocasiones en las que el PAN se ha dividido o escindido a causa de una decisión interna son

mínimas si lo comparamos con otros partidos.

Esto no siempre es entendido por quienes analizan al PAN desde una perspectiva errónea y desinformada y además se atreven a pontificar sobre sus afirmaciones. Todavía causa gracia seguir leyendo a un Joaquín López Dóriga que se refiere constantemente y repetidamente en sus artículos a un órgano que ni siquiera existe en el PAN y sí en el PRI: el “Consejo Político Nacional” (en el PAN, en todo caso, hay un “Consejo Nacional”).⁴

Alguna vez dijo la académica Soledad Loaeza que el PAN era un gran desconocido. Ciertamente se han realizado cada vez más estudios científicos sobre el partido que fundara Manuel Gómez Morán; sin embargo, a nivel del círculo rojo todavía se requiere un mayor grado de rigurosidad y seriedad en los análisis que sobre el PAN se hacen, a fin de que el gran público pueda conocerlo a cabalidad y no sea engañado por quienes se consideran como creadores de opinión. ■

² Véase Ernesto Núñez y Mayolo López, “Apoya medio gabinete a Medina Plascencia”, en *Reforma*, 23 de enero de 2005, p. 1 A.

³ A lo largo de la historia del PAN han habido debates internos verdaderamente célebres, como cuando se discutía si el partido debía o no participar en las elecciones no competitivas del viejo sistema político, si debía recibir financiamiento público o no, qué postura seguir ante la elección de 1988, o cómo ser una oposición al gobierno priísta sin obstaculizar las buenas iniciativas que éste eventualmente pudiera tener.

⁴ Véase Joaquín López Dóriga, “Que con su PAN se lo coman”, en *Milenio Diario*, 16 de mayo de 2007, p. 3.